

ordenado y de base clásica, y en señalados puntos, reminiscencia de sus relaciones con el Parnaso inglés. Un profano,—y profanos ilustrados, que los hay,—confundiría tales redondillas con la manera de Campoamor, pongo por ejemplo; pero la personalidad se descubre en seguida por la comparación, por el inesperado adjetivo, por un hervor de tierra cálida y un relámpago que en seguida se revelan.

Callo, y entiendo, y me quito  
la pompa del rimador:  
cuelgo de un árbol marchito  
mi muceta de doctor.

Habla de su saber, de su conocimiento de las ciencias y letras de los hombres y dice que a eso prefiere la caricia del aire fresco del monte; y continúa, casi como en un *pautum*, los versos en que eso declara. Así en otros que siguen:

Odio la máscara y vicio  
del corredor de mi hotel:  
me vuelvo al manso bullicio  
de mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra  
quiero yo mi suerte echar:  
el arroyo de la sierra  
me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno  
que arde y brilla en el crisol:  
a mí denme el bosque eterno  
cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra  
burbullendo en la redoma:  
prefiero estar en la sierra  
cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España  
pilares para su altar:  
¡en mi templo, en la montaña,  
el álamo es el pilar!

Y más cosas de fantasía, y de concordancias bellas, y de figuras que sorprenden, y de evocación, y de su-gestión:

Duermo en mi cama de roca  
mi sueño dulce y profundo:  
roza una abeja mi boca  
y crece en mi cuerpo el mundo.

Este americano singular había frecuentado a los cíclicos orientales y a todos los grandes poetas de la tierra. Por eso las palabras, las frases, los símbolos, toman en él en cuanto los expresa, un sentido de universalidad.

De pronto, es una «saudade», un recuerdo hondamente melancólico de un amor que pasó. El vasto patriota fué un formidable amante. Su lenguaje pasional no es el de los corrien-

tes madrigales, sino el de la misma vida. La naturaleza es su cómplice. Las cosas más comunes le sirven poéticamente. Y narra en verso, con la sencillez de la prosa de los sucesos usuales; mas con cuánta emoción comunicativa.

Yo visitaré anhelante  
los rincones donde a solas  
estuvimos yo y mi amante  
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,  
solos, con la compañía  
de los pájaros que vimos  
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,  
en la pareja ligera,  
deshizo los lirios rojos  
que le dió la jardinera.

La madre selva olorosa  
cogió con sus manos ella,  
y una madama graciosa,  
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,  
abrirle su quitasol;  
y ella me dijo: «¡Qué afán!  
¡Si hoy me gusta ver el Sol!»

«Nunca más altos he visto  
estos nobles robledales:  
aquí debe estar el Cristo,  
porque están las catedrales.»

«Ya sé dónde ha de venir  
mi niña a la comunión;  
de blanco la he de vestir  
con un gran sombrero alón.»

Después, del calor al peso,  
entramos por el camino,  
y nos dábamos un beso  
en cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,  
al lago mudo y helado:  
clavaré la quilla triste:  
posaré el remo callado!

En la eclosión primero y en la retención después, ¿quién no mira la novela de amor dicha con modos filoméllicos? Y luego, él concentrará lo que piensa de su vigor y de su gracia líricos, pues bien sabía, como todos los grandes conscientes, el valor de su verbo armonioso y melodioso: su dominación ideal y su ágil instinto de ave, según el instante, águila o ruiseñor.

Si ves un monte de espumas  
es mi verso lo que ves:  
mi verso es un monte, y es  
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal  
que por el puño echa flor:  
mi verso es un surtidor  
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro  
y de un carmín encendido:  
mi verso es un ciervo herido  
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:  
mi verso, breve y sincero,  
es del vigor del acero  
con que se funde la espada.

Luego recordará al «padre profundo», a la hermana que adoró. Y

Si quieren que a la otra vida  
me lleve todo un tesoro,  
¡llevo la trenza escondida  
que guardo en mi caja de oro!

Y que es de oír al cubano ardoroso, al padre de su patria, al soñador de la estrella solitaria, al combatiente que moriría por las balas españolas, después de haber combatido con mente y brazo, contra la dominación española, hacer nobles versos a la madre patria opresora y enemiga: a la provincia en donde más encuentran afinidades sus sentimientos y su carácter:

Para Aragón, en España,  
tengo yo en mi corazón  
un lugar todo Aragón,  
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber  
por qué lo tengo, le digo  
que allí tuve un buen amigo,  
que allí quise a una mujer.

Allá en la vega florida,  
la de la heroica defensa,  
por mantener lo que piensa  
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta  
o lo enoja un rey cazarro,  
calza la manta el baturro  
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla  
que baña el Ebro lodoso:  
quiero el Pilar azuloso  
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés  
echa por tierra a un tirano:  
lo estimo, si es un cubano;  
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos  
con escaleras bordadas;  
amo las naves calladas  
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,  
musulmana o española,  
donde rompió su corola  
la poca flor de mi vida.

Después es la evocación de «un amigo muerto—que suele venirme a ver», con ecos de balada nórdica. O el cuento de «la niña de Guatemala,—la que se murió de amor.» Luego un cuadro semejante al de Sargent, una bailarina española, posiblemente la misma Carmencita, en Nueva York. De esto y de otros temas os hablaré en un tercero y último artículo sobre Martí poeta.

RUBÉN DARÍO

**SOTILLO** Un nombre  
de garantía

::: al pie de su trabajo fotográfico :::